
Parte II: Temáticas diarias y estudios bíblicos





Día 1: Para la sanación del mundo

Génesis 2:4-10, 15

El día que Jehová Dios hizo la tierra y los cielos,^{5y} toda planta del campo antes que fuese en la tierra, y toda hierba del campo antes que naciese; porque Jehová Dios aún no había hecho llover sobre la tierra, ni había hombre para que labrase la tierra,⁶sino que subía de la tierra un vapor, el cual regaba toda la faz de la tierra.⁷Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente. ⁸Y Jehová Dios plantó un huerto en Edén, al oriente; y puso allí al hombre que había formado. ⁹Y Jehová Dios hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista, y bueno para comer; también el árbol de vida en medio del huerto, y el árbol de la ciencia del bien y del mal.¹⁰Y salía de Edén un río para regar el huerto, y de allí se repartía en cuatro brazos.[...] ¹⁵Tomó, pues, Jehová Dios al hombre, y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase.

Cuando era niño en nuestra granja, mi padre solía llevarme a los campos secos, a caminar lentamente sobre el terreno preparado para la siembra, antes de que vinieran las lluvias. Se arrodillaba, tomaba un puñado de tierra, lo mantenía por un rato en la palma de sus manos y luego la dejaba caer lentamente a través de sus dedos de nuevo al suelo. En ese instante, parecía estar conectado con el alma misma del terreno mientras decía: "¡Buena tierra! ¡Esta tierra es buena!"

Se recomienda volver a leer este texto de Génesis con este mismo sentimiento respecto de la tierra. Hay que imaginar que se está volviendo a los campos secos, donde Dios comenzó a crear, y hacerse la pregunta: ¿De qué manera está mi persona conectada con la tierra según este relato?

Campos secos

La narración nos remonta al propio principio, cuando "Dios los cielos y la tierra creó" (Gn 1:1). Génesis 2:5 procede a describir los campos secos,

cuando no había ninguna planta del campo sobre la tierra ni había nacido ninguna hierba del campo, porque Jehová Dios aún no había hecho llover sobre la tierra ni había hombre para que labrase la tierra.

¿Por qué se mencionan estos cuatro elementos? Todos se necesitan para que, al comienzo de la creación, los campos secos se convirtieran en el planeta verde que consideramos nuestro hogar. Da a entender que los seres humanos son creados para el bien de la tierra en lugar de la tierra para provecho de los seres humanos.

El nexo con la tierra: Una de las primeras conexiones que debemos establecer es con el suelo. La palabra hebrea para suelo, *adamah*, es similar a la palabra *adam*. La palabra *adam* designa, por supuesto, al primer hombre. Pero *adam* también puede referirse al ser humano en general. Así pues, el primer *adam* deriva de la *adamah*, la materia de la tierra. Los seres humanos provienen del suelo de los campos secos. Esta vinculación da a entender una afinidad especial entre los seres humanos y el suelo/tierra.

Un ser viviente

Entonces Dios toma un poco de polvo del suelo y forma un ser humano. El polvo de los campos secos es el elemento primario de la tierra. Los seres humanos están hechos del elemento tierra que comparte la vida toda. Son una fracción de la frágil trama de la vida, que es un sinnúmero de fragmentos de polvo animado que se llama tierra.

Según este relato, el primer ser humano es formado por Dios. No se trata de que Dios haga aparecer súbitamente a los seres humanos. La palabra hebrea para formar se refiere a lo que hacen los alfareros cuando moldean meticulosamente la arcilla a fin de crear las formas que hay en su imaginación. Aquí se figura a Dios como un alfarero que moldea el polvo de la *adamah* para hacer un *adam*.

El nexo con el aliento: Después de que Dios, el alfarero, moldea al primer ser humano, le sopla aliento de vida en sus narices. Una palabra más común para referirse al aliento, el viento o el espíritu (*ruaj*), se encuentra en Génesis 1:2, donde el espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas. En la narración de Génesis 2, sin embargo, la palabra hebrea significa aliento personal (*neshamah*). Respiramos el aliento personal de Dios, que es la vida misma.

A la luz de este misterio, ¿de qué manera contemplamos el propio suelo sobre el cual caminamos? ¿Qué sentimientos debíamos tener para con la materia, el elemento esencial de la vida toda? ¿Cuál es la íntima vinculación o afinidad entre los seres humanos y el resto de la vida creada?

¿Qué sucede cuando Dios insufla su aliento personal en este ser humano terreo? ¿Algo extraordinario? ¿Algo inusual? ¡Sí y no! Este ser humano es una de las prodigiosas obras que nuestro Creador ha hecho de la arcilla, al principio de los tiempos. Pero, lo que resulta es un ser viviente, expresión que se refiere a cualquiera de los seres vivos de este planeta. Los seres humanos son sólo uno de tantos organismos vivos dentro de un ecosistema de innumerables organismos vivos. Desde el principio hemos sido hechos parte de la trama de vida orgánica.

Un jardín verdoso

El Dios alfarero se convierte en jardinero. En alguna parte, en medio de los campos secos que existieron al principio, Dios labró un jardín. La narración dice que este jardín se localiza en un lugar llamado Edén, en el oriente. Si la persona que narra fuese israelita, entonces esto significaría probablemente Palestina oriental. El vocablo hebreo para Oriente también se puede traducir con pasado lejano. Todo lo que sabemos es que, en el principio, Dios plantó un jardín. Y lo que es más importante, este jardín fue creado como morada para los seres humanos y otros seres vivientes.

¿Qué implicaciones tiene decir que el jardín que Dios plantó era un hogar para los seres humanos? Si esto es así, ¿cuál debería ser el trato que le demos?

Dios, el jardinero, hizo crecer una diversidad de árboles en el jardín. Así que tal vez no se trataba realmente de un jardín, sino más bien de una arboleda. En esta arboleda hay cuatro clases de árboles: plantas que embellecen la tierra; árboles que proporcionan alimento; el árbol de la vida en medio del jardín; y el árbol del conocimiento del bien y del mal.

En el relato que sigue, los primeros seres humanos comen del árbol del conocimiento del bien y del mal, y se les impide comer del árbol de la vida. Dios dice que si, en esa ocasión, hubieran comido del árbol de la vida, habrían vivido para siempre

¿Qué vinculación tenemos con el árbol de la vida ubicado en el centro del jardín? ¿Se encuentra ubicado todavía en el centro de la tierra, o tenemos que esperar hasta que surja una nueva tierra, momento en que el árbol de la vida volverá a producir frutos y sanidad? (Véase el estudio bíblico sobre Ap 22:1-2.)

(Gn 3:22). Al comentar esta narración, Lutero dice que Adán y Eva fueron creados mortales; si no hubieran pecado, pero hubieran comido del árbol de la vida, para morir se habrían dormido entre las rosas, y se habrían despertado a la vida eterna.

Un río profundo

Con frecuencia, se hace caso omiso de los versículos 10-14, porque se refieren a una geografía antigua que parece tener poco sentido para nosotros. El elemento importante en esta sección del relato es el río. Nace en el Edén, el sagrado jardín arbóreo de Dios, donde crece el árbol de la vida, y se bifurca desde el Edén en cuatro direcciones. Este río no sólo riega el jardín de Edén, sino también el jardín del mundo fuera del Edén. Nosotros vivimos gracias al agua de ese río.

Un nexo de sanidad: Si los manantiales y ríos de la tierra fluyen del Edén, entonces son algo más que simple agua. Su origen es el Edén. Fluyen del propio jardín de Dios, de la presencia vivificadora de Dios. Esto implica que son también aguas vivificantes con poderes curativos. En otras palabras, son sacramentales.

Si se percibe a los ríos de la tierra como aguas vivas que fluyen de Dios, tal vez debieran ser considerados aguas para sanación, como los consideran muchos pueblos aborígenes. Naamán se sanó al lavarse en el río Jordán (2 R 5:8-14). El hombre ciego se curó al lavarse en las aguas de Siloé (Jn 9:1-7).

¿Qué significación tiene el agua en tu cultura? Cuando contaminamos las aguas, ¿qué es lo que realmente estamos haciendo?

Respetar la tierra

¿Qué papel se espera que desempeñen los seres humanos en el jardín? El texto hebreo de Génesis 2:15 dice que los seres humanos han sido escogidos para ‘abad el suelo de la tierra. Este vocablo hebreo puede tener tres acepciones: labrar/cuidar el suelo, servir a alguien, u honrar a alguien, como en el culto. Tal vez se pretenda transmitir los tres significados.

Génesis 2:5 proclama que al principio no había nadie para ‘abad el suelo. Aquí el significado probablemente sea “labrar”. En el versículo 15, sin embargo, esta palabra está apareada con *shamar*, “guardar” o “proteger”, y da a entender que los primeros seres humanos eran responsables de proteger y cuidar el jardín de Dios. Los primeros seres humanos debían respetar la tierra, sirviéndola y protegiéndola.

¿Qué piensas que significa para nosotros hoy día respetar la tierra?
¿Cómo hemos irrespetado la tierra?
¿De qué manera la tarea de coadyuvar a la restauración de la creación se constituye en continuación de la función que nos ha sido asignada, como seres humanos, de servir y proteger la tierra?

el Salmo 72:8-11, sus enemigos lamen el polvo a sus pies. Cuando Josué “sometió” (*kabash*) la tierra de Canaán, conquistó, mató y destruyó. Estos dos verbos, “tener dominio” y “someter”, tienen una significación opuesta a los dos verbos “labrar/cuidar” y “guardar/proteger”, los cuales se utilizan en Génesis 2:25 para describir el papel que deben desempeñar los seres humanos.

¿A cuál de estos textos se le debe dar prioridad, por el hecho de que ayuda a interpretar al otro? Si tenemos en cuenta nuestro papel revelado por medio de Jesucristo, ¿cuál de estos textos pareciera ser más consecuente con el evangelio? (Téngase en cuenta Mr 10:41-45.)

Es significativo que el mandato de dominar en Génesis 1 sirvió de fundamento para que los seres humanos, especialmente en el mundo occidental, explotaran los recursos de la tierra y dominaran la naturaleza mediante el uso de violencia.

Norman Habel

Para discusión ulterior

En el pasado, muchos intérpretes han dado por sentado que el papel de los seres humanos enunciado en Génesis 1:26-28 es el principal, y las funciones señaladas en Génesis 2:15 son secundarias. ¿Qué te parece?

Según Génesis 1:26-28, Dios creó a los seres humanos a su imagen. Su función se describe como “tener dominio” sobre los seres vivos de tierra, mar y aire, y “sujetar” la tierra. El verbo “tener dominio” (*radá*) significa “gobernar” o “dominar”. Se trata de un término imperativo. Cuando un rey gobierna, según

¿Se justifica la dominación a la luz del texto de Génesis 2 que analizamos anteriormente? ¿De qué manera podemos contrarrestar la suposición de muchos gobernantes, empresas y terratenientes de que los seres humanos tienen el derecho de usufructuar la tierra para sus propios intereses y hacer caso omiso de los derechos de ella? ¿Tiene derechos la tierra?

Referencias

Kahl, Brigitte (2001), “Fratricide and Ecocide: Re-reading Genesis 2-4”, en Dieter Hessel y Larry Rasmussen (editores), *Earth Habitat. Eco-Injustice and the Church's Response* (Mineápolis: Fortress Press), págs. 51-70.

Newsome, Carol (2000), “Common Ground: An Ecological Reading of Genesis 2-3,” en Norman y Shirley Wurst (editores), *The Earth Story in Genesis: Earth Bible Volume 2* (Sheffield: Sheffield Academic Press), págs. 60-72.

Stratton, Beverly (1995), *Out of Eden: Reading, Rhetoric and Ideology in Genesis 2-3*, JSOT Supplement Series 208 (Sheffield: Sheffield Academic Press).



Apocalipsis 22:1-5

¹Después me mostró un río limpio, de agua de vida, resplandeciente como cristal, que fluía del trono de Dios y del Cordero. ²En medio de la calle de la ciudad y a uno y otro lado del río estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones. ³Y no habrá más maldición. El trono de Dios y del Cordero estará en ella, sus siervos lo servirán, ⁴verán su rostro y su nombre estará en sus frentes. ⁵Allí no habrá más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará y reinarán por los siglos de los siglos.

“Del río sus corrientes alegran la ciudad de Dios...” (Sal 46:4). Dos ríos confluyen en Winnipeg: el Colorado y el Assiniboine. Cuando las personas de todo el mundo que participan en la Asamblea se congreguen junto a los dos ríos, también estarán reunidas alrededor del gran “río de la vida” de Dios, que fluye a través de todos los ríos de la vida de esa gente. Apocalipsis 22 nos invita a indagar acerca del río de Dios y del árbol de la vida como figuras de la esperanza y la sanidad. En el presente estudio vamos a explorar el poder de sanar que tiene actualmente en nuestras vidas y comunidades.

¿Cuáles son los nombres de los ríos en tu vida? ¿Cuál es la geografía por la que fluye el río de la sanidad para ti? ¿Dónde en el mundo de hoy podemos vislumbrar la santa ciudad de Dios, la Nueva Jerusalén? ¿De qué manera has experimentado el río de la vida y el follaje curativo del árbol de la vida en tu propia vida y en la vida del mundo?

Apocalipsis 22 en su contexto

La visión de la Nueva Jerusalén en Apocalipsis 21-22 constituye una de las visiones más admirables y esperanzadoras de toda la Escritura. Aparece al final del viaje apocalíptico del libro, un viaje que nos lleva al trono de Dios (Ap 4-5), un viaje al centro del universo y corazón del poder imperial, un viaje de esperanza y transformación radical. Escrito cuando Roma se encontraba en la cúspide de su poder, el Apocalipsis evoca conocidas figuras y formas apocalípticas del Antiguo Testamento, como un mecanismo para censurar la injusticia imperial romana (“Babilonia”) y ofrecer una perspectiva alternativa de nuestro futuro en la ciudad de bienestar que es la ciudad de Dios.

Cuando leemos textos del Apocalipsis debiéramos resistirnos a tratar de “calcular” los símbolos de este libro como si fueran un cronograma del fin del mundo o códigos para descifrar. Más bien, la mejor manera de experimentar el Apocalipsis es abordarlo como una obra poética o musical. Su lenguaje es evocador. Hay que acompañar a Juan en su periplo apocalíptico, un viaje que llega a su culminación en la visión de una tierra nueva en Apocalipsis 21-22. Hay que hacer un recorrido con Juan por la santa ciudad, mientras el ángel nos conduce a través de sus puertas abiertas y su calle acogedora. Este texto ofrece una visión anticipadora de nuestro futuro con Dios, en una portentosa ciudad o *polis* de sanidad y vida para el mundo.

Un recorrido por la prodigiosa ciudad de Dios

La gira por la ciudad se inició en Apocalipsis 21:9, revelando su hermosura y esplen-

dor. Apocalipsis 22:1-6, sección final de esta visión de la ciudad, presenta imágenes paradisíacas de la naturaleza y de sanidad, una especie de re-creación del jardín del Edén en el centro de este inmenso panorama urbano. Aquí, Dios, la naturaleza y los seres humanos se reconcilian.¹

La topografía de la ciudad de Dios contrasta agudamente con la de la perversa ciudad de Babilonia/Roma (Ap 17-18), una economía política caracterizada por la violencia, el mercantilismo irrestricto y la injusticia. A fin de participar en la Nueva Jerusalén, el pueblo de Dios es llamado a “salir” de Babilonia (Ap 18:4), para que puedan “entrar por las puertas en la ciudad” (Ap 22:14).

El Río

Primero, tómese nota del río de “agua de vida” que corre en medio de la ciudad, dando vida a todo lo que toca. El agua, obsequiada gratuitamente por Dios, abunda en este paisaje paradisíaco. El río de vida del Apocalipsis evoca los ríos del Edén y todos los demás ríos bíblicos.

Mientras el ángel guía a Juan en un recorrido por esta portentosa ciudad, ¿qué detalles específicos notas que te digan algo a ti? Léase el texto imaginándose que la persona entra en esta ciudad por sus puertas abiertas, explorando el paisaje que el ángel descubre ante ella.

Léase Ezequiel 47, donde se habla del río específico que más cercanamente le sirve de modelo a esta visión. La espléndida visión de Ezequiel se refiere a un río que crece continuamente, fluyendo desde el nuevo templo. Préstese atención a la fuente de donde se origina el río de vida del Apocalipsis en comparación con Ezequiel 47. Puesto que en el Apocalipsis se ha manifestado que “no vi templo” en la santa ciudad (Ap 21:22), el río de vida no fluye desde el templo, sino que fluye “del trono de Dios y del Cordero”.

El trono

Esta imagen del “trono”, que se presenta dos veces en este pasaje (Ap 22:1,3), es una imagen fundamental en el Apocalipsis. A Dios se le denomina como “el que está sentado en el trono”, expresión que contiene una implícita censura política al emperador romano, el cual también está entronizado y exige culto y lealtad de la gente. Sólo Dios – y no el imperio – es digno de que se le rinda culto. El periplo apocalíptico de Juan comenzó en el capítulo 4-5 con una invitación a subir a los cielos para observar el trono de Dios y ver el cordero inmolado, a Jesús, parado frente al trono.

¿Pero dónde está ubicado el “trono de Dios y del Cordero” según Apocalipsis 22? El texto da a entender que el trono de Dios va a descender del cielo, donde estaba en el capítulo 4, y será ubicado en medio de la ciudad que descende del cielo (véase Ap 21:2). Así pues, la Nueva Jerusalén de Apocalipsis 21-22 se puede entender como una maravillosa visión terraqueocéntrica de nuestro futuro, una visión de esperanza para el mundo. Contrariamente al escapismo o “cielismo” que domina ciertas interpretaciones fundamentalistas de la actualidad, el cuadro del Apocalipsis da a entender que nuestra morada futura será con Dios en una ciudad esplendorosa y pujante. Este texto nos puede inspirar a confiar en Dios en medio de nuestro mundo y sus crisis. Después de Apocalipsis 21:2, el “cielo” ya no se menciona de nuevo en el Apocalipsis.

El árbol de vida

Adentrémonos más profundamente en el cuadro, continuando nuestro recorrido por la ciudad. ¿Qué otra cosa se ve? Póngase atención en el árbol de vida que crece en ambas márgenes del río. Alcemos la mirada al follaje y miremos las suculentas frutas que crecen a lo largo de todo el año. La abundancia de frutos del árbol elimina la amenaza de pobreza y hambre que asediaba a muchas personas que leyeron el escrito de Juan en el

primer siglo, al igual que en la actualidad. El fruto del árbol cumple la promesa hecha a la iglesia de Efeso de que vamos a “comer del árbol de la vida que está en medio del paraíso de Dios” (Ap 2:7). En contraste con la economía de Babilonia/Roma, la cual se caracterizaba por la escasez y el hambre (Ap 18:8), la santa ciudad de Dios suministra suficiente comida para todos.

¿Cómo alude esto a la problemática del hambre en tu comunidad?

El árbol de vida del Apocalipsis también trae reminiscencias de Génesis 2-3, el relato del Jardín de Edén. La maldición de Génesis 3:24 y la expulsión del jardín quedan ahora superadas. En el Apocalipsis todas las personas tenemos parte en el árbol de vida (Ap. 22:14, 19).

El árbol de vida es una imagen bíblica que también es común en otras muchas religiones, incluso en el

‘menorah’ del judaísmo, en el dibujo de un árbol en una alfombra de oración islámica, en el árbol ‘kadamba’ del Krishna en el hinduismo, el árbol ‘bodhi’ en el budismo... y el árbol de vida ‘lakota’ en el centro del mundo².

El árbol de vida para sanidad de las naciones en el Apocalipsis puede servirnos de invitación para un diálogo interreligioso con gente de otros credos.

¿Hay algún árbol de vida en tu propia tradición cultural?
¿Entre personas de tu ambiente que profesan otro credo?
¿Qué relación hay con esta imagen bíblica?

El follaje del árbol para la sanación de las naciones

Fijémonos más de cerca en el follaje del árbol de vida. Sus hojas son remedio (*therapeia*), en contraste con las drogas tóxicas y la hechicería (*pharmakeia*) de la perversa Babilonia/Roma (Ap 18:23). El árbol del Apocalipsis con su follaje terapéu-

¿De qué manera proporcionan los árboles medicamentos y sanidad en nuestros tiempos?

Referencias

Georgi, Dieter (1980), "Die Visionen vom himmlischen Jerusalem in Apokalypse 21 und 22" en Dieter Luhrmann y Georg Strecker (editores), *Kirche: Festschrift für Günther Bornkamm* (Tübingen: Mohr/Siebeck), págs. 351-372.

González, Justo (1999), *For the Healing of the Nations: the Book of Revelation in an Age of Cultural Conflict* (Maryknoll, NY: Orbis Books).

Richard, Pablo (1995), *Apocalypse: A People's Commentary on the Book of Revelation* (Maryknoll, NY: Orbis Books).

Rossing, Barbara (1998) "River of Life in God's New Jerusalem: An Ecological Vision for Earth's Future." *Currents* 25, no. 6, págs. 487-499.

tico se basa en Ezequiel 47:12, pero adviértase de qué manera el Apocalipsis expande deliberadamente la visión de Ezequiel haciéndola más incluyente y prodigiosa. El árbol es ahora el árbol de la vida, y las "hojas para medicina" de Ezequiel se han convertido en hojas "para la sanidad de las naciones". La Nueva Jerusalén es una ciudad pluricultural cuya ciudadanía y sanidad se hacen extensivas a todas las naciones.

El tema de la Asamblea se basa en la imagen del árbol de vida en el Apocalipsis, con su follaje para la sanación del mundo. Independientemente de que se trate de una imagen literal de las reales propiedades medicinales de los árboles o de una imagen metafórica de sanidad espiritual, este texto proclama sanación para nuestro mundo y para cada una de las personas en el mundo. Adviértase que la sanidad en este texto no procede directamente de Dios o del Cordeiro, sino que llega a través del mundo creado, por medio de las hojas del árbol de vida.

La sanidad en este texto es para las "naciones". La ciudad santa de Dios no incluye sólo a un grupo étnico, sino a todas las "naciones" que andan a la luz de la ciudad, según Apocalipsis 21:24, y que llevan a ella su gloria, según Apocalipsis 21:26. La repetición de "naciones" en Apocalipsis 21-22 aporta una imagen positiva de uni-

versalización, la cual puede ayudarnos a abordar temas de 'globalización' en nuestra sociedad actual.

Los siervos de Dios reinarán

La gira por la ciudad concluye haciendo referencia a los siervos de Dios que rinden servicio y culto (*latreousousin*) ante el trono (Ap 22:3). Lo más asombroso es que los siervos de Dios "reinarán" por los siglos de los siglos (Ap. 22:5). Considérese cuán fortificante debe de haber sido esta promesa de reinar para personas impotentes de la época, y cuán fortificante puede ser para la gente marginada e indefensa de nuestro mundo actual. En una época en que Roma reivindicaba dominio sobre el mundo entero, el Apocalipsis proclama osadamente que es Dios quien reina, y no el imperio romano, ni ningún otro imperio, y que las personas que sirven a Dios reinarán con Dios. Adviértase, sin embargo, que no hay complemento directo para el verbo "reinar" en Apocalipsis 22:5. Las personas sirvientes de Dios no gobiernan sobre ninguna otra persona. ¿Qué significa entonces que reinamos con Dios y con Cristo? El versículo final de este texto nos invita a explorar las diferentes maneras como podemos entender nuestro reinado, no como dominación sobre cualquier otra persona o cosa, sino como una manera de coadyuvar a la sanación del mundo.

Barbara Rossing

Notas

¹ Dieter Georgi, "Die Visionen vom himmlischen Jerusalem in Apokalypse 21 und 22," en Dieter Luhrmann y Georg Strecke (editores), *Kirche: Festschrift für Günther Bornkamm* (Tübingen: Mohr/Siebeck, 1980), pág. 369.

² Gail Ramshaw, *God Beyond Gender* (Mineápolis: Fortress Press, 1995), pág. 118. Véase también Larry Rasmussen, *Earth Community Earth Ethics* (Maryknoll, NY: Orbis Books, 1996), págs. 195-207; Tom Christiansen, *An African Tree of Life* (Maryknoll, NY: Orbis Books, 1990).



Lucas 7:18b-23

Y llamó Juan a dos de sus discípulos,¹⁹ y los envió a Jesús, para preguntarle: ¿Eres tú el que había de venir, o esperaremos a otro?²⁰ Cuando, pues, los hombres vinieron a él, le dijeron: Juan el Bautista nos ha enviado a ti, para preguntarte: ¿Eres tú el que había de venir, o esperaremos a otro?²¹ En esa misma hora sanó a muchos de enfermedades y plagas, y de espíritus malos, y a muchos ciegos les dio la vista.²² Y respondiendo Jesús, les dijo: Id, haced saber a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio;²³ y bienaventurado es aquel que no halle tropiezo en mí.

“¿Eres tú el que había de venir o esperaremos a otro?”

Esta es la candente pregunta para la cual Juan Bautista solicita una respuesta de parte de Jesús. Podríamos haber pensado que esto sucediera al comienzo cuando poco se sabía y aparentemente aún menos se había visto u oído. ¿Por qué a esta altura de los acontecimientos? ¿Cómo es posible que Juan desconozca? ¿No ha oído? ¿No prestaba atención a lo que los discípulos de Jesús acababan de informar? ¿Son dudosos los informes? ¿Las palabras contundentes y las obras asombrosas no son evidencia convincente?

¿Comprueban las curaciones de Jesús la validez de sus reivindicaciones de salvación y liberación? ¿Surge la pregunta a causa de una incipiente convicción de Juan o de sus crecientes dudas?

Juan mismo no se presenta ante Jesús. La comunicación entre ambos se produce en forma indirecta, no se encuentran cara a cara. Los discípulos de Juan sirven de intermediarios, y en la presencia de Jesús se repite fielmente la pregunta de Juan, palabra por palabra. No es posible que se nos escape este detalle al leer este relato.

“¿Eres tú el que había de venir o esperaremos a otro?”

¿Formula Juan una pregunta de la cual ya conoce la respuesta? ¿O tiene todo esto el propósito de beneficiar a sus discípulos?

La pregunta revela un estado de anhelo y espera, como también de expectativa. Alguien ha de venir, alguien cuya presencia deben reconocer. ¿Qué señales debieran buscar? ¿Cómo pueden estar seguros? El propio hecho de que se formule la pregunta de esta manera, y a esta altura de los

¿De qué modo y en qué circunstancias surgen para ti estas ambivalencias entre expectativa y realidad?

acontecimientos, revela las ambigüedades de cualquier presuposición. Los frágiles esfuerzos interpretativos indican su deseo de hacer que se corresponda lo que hay con lo que ellos desean que haya. ¿Se encontrarán alguna vez la expectativa y la vivencia? Si existe la posibilidad de varias interpretaciones, si tomar ofensa parece ser tan razonable como creer, ¿qué cosa podrá ayudar a tomar la decisión correcta?

“¿Eres tú el que había de venir o esperaremos a otro?”

No se evade la pregunta de Juan; aquí no se trata de una trampa tendida por contrincantes avisados. La respuesta es torpe, en el sentido de que no agrega nada a lo que ya parecen saber Juan y sus discípulos. Antes de que el propio Jesús hable, el autor nos hace un comentario en nuestra calidad de lectores, dándonos algo de información de trasfondo. Se nos dice que Jesús acababa de curar a muchas personas. Es sorprendente que la más bien desmañada lista de dolencias específicas no se corresponde con ninguna de las narraciones individuales de curaciones, ni refleja los ejemplos dados por Jesús.

Se da la impresión de una actividad sanadora en gran escala por parte de Jesús. Ha de haber sido un obrador de milagros singularmente exitoso, pero no era el único que andaba por ahí. A lo largo y ancho del mundo antiguo los adivinos y milagreros, obradores de maravillas con una amplia gama de especialidades, eran un elemento característico muy conocido. Algunos tenían un éxito destacable. Cuando las personas cristianas narraban las historias de las curaciones de Jesús, siguieron una pauta común bien establecida. En los Evangelios, y no menos en Lucas, se reconoce la presencia de otros milagreros y exorcistas, algunos en competencia. Lucas nos informa en Hechos acerca de varios incidentes, como en el caso de Simón (Hch 8:9-13) y Bar-Jesús (Hch 13:4-12) y los menos exitosos hijos de Esceva (Hch 19:11-

15). En Lucas 11:19 se mencionan otros exorcistas en el contexto de una discusión relativa a los exorcismos de Jesús.

El debate en Lucas 11:14-23 confirma que incluso los opositores de Jesús se asombran por su prodigiosa actuación. Nadie pone en duda la realidad de sus curaciones. El conflicto estriba en el poder inherente: ¿se trata de Beelzebú o de “el dedo de Dios”? Jesús arguye elocuentemente que sería ridículo suponer que Beelzebú peleara contra sí mismo y de este modo se debilitara. Cuando Jesús somete al mal, esa es una señal de que el reino de Dios ha venido.

Lucas va más lejos que los otros evangelistas en interpretar los relatos de curaciones como exorcismos. Esto refleja el hecho de que en esa época las enfermedades se explicaban a menudo – y la ciencia moderna diría que equivocadamente – como posesiones, como intrusiones del mal en la persona. En función de exorcismos, las historias sobre curaciones adquieren una dimensión simbólica de liberación de un cautiverio, devienen en incidentes de una lucha casi cósmica contra el maligno. Por eso Lucas tiende a percibir los milagros como demostraciones contundentes del poder y de la fuerza de Dios. Cuando Jesús llama a sus primeros discípulos en Lucas 5:1-11, ellos no lo abandonan todo y lo siguen simplemente por sus palabras persuasivas. Un milagro precede al llamado: están ya admirados por la enorme pesca que les ha proporcionado de forma maravillosa.

La gente moderna, informada por la ciencia, tiende a sentirse perturbada por el hecho de que hubo milagros y curaciones. Su cuestionamiento es incompatible con los relatos bíblicos y no tienen respuesta en ellos. Sin embargo, los relatos sí abordan otra preocupación inquietante: ¿qué pasa si no ocurren milagros? Sólo se curan algunas personas, la mayoría no. Podríamos tratar de resolver esto haciendo una distinción entre “sanar” y “curar”, arguyendo que una persona puede sanar aunque no se cure. No se trata de estar sa-

¿Cómo se explican las enfermedades en tu cultura?

ludable, sino que la persona esté sana, es decir que ‘no esté rota’.

¿Esta distinción entre “sanar” y “curar” contribuye a aclarar el asunto o más bien lo oscurece? Los pasajes del Nuevo Testamento que nos sirven de fuente tienden a mezclar, más bien que distinguir, los términos. ¿Es posible un enfoque diferente?

Jesús no hace ostentación de milagros y curaciones en cada ocasión posible. Él se refrena, especialmente cuando se trata de milagros que otras personas le solicitan para probarse a sí mismo. De nada sirve pedirle señales (Lc 11:16sig; 11:29-32). Al principio cuando fue tentado por el diablo, Jesús se negó a someterse a las tentadoras promesas de satisfacción inmediata poniéndole pruebas a Dios (Lc 4:1-12). Cuando se burlan y mofan de él en la cruz, y lo desafían a probarse como Mesías salvándose a sí mismo (“el que salvó a otros”), no baja de la cruz. Opta por el camino pedregoso donde es inevitable el sufrimiento y el dolor. Se somete a la misteriosa voluntad de Dios la cual afirma que la vida se gana sólo entregándola. En última instancia la sanidad puede darse sólo por medio de lo que parece ser su contradicción.

“¿Eres tú el que había de venir o esperaremos a otro?”

Lo singularmente cristiano no es la fe en Jesús el hacedor de milagros, sino fe en Jesús el sanador herido, el Mesías crucificado. No había expectativas de un Mesías crucificado, ni ningún indicio de milagros mesiánicos. Juan Bautista tenía sobrada razón para formular su pregunta.

Jesús no reacciona mostrando sus creenciales mediante referencias a pertinen-

¿Sobre qué base debería haberse convencido Juan respecto de Jesús? ¿Es más persuasiva la respuesta de Lucas 7:21-23 que lo que Juan ya había oído?

tes títulos y etiquetas mesiánicas. Probó lo que era por el simple procedimiento de narrar nuevamente la misma historia. Sus palabras evocan las promesas del profeta Isaías al reverberar su lectura en la sinagoga de Nazaret al comienzo de su ministerio (Lc 4:16-21). Reitera la afirmación de que estas promesas y “el año agradable del Señor” se cumplen ante sus oídos y ojos en sus obras y hechos poderosos. ¡Ellos lo han visto suceder! ¡Vayan y cuéntenlo! Por supuesto, ya lo habían estado haciendo.

Por lo tanto, al fin y al cabo el desafío de la respuesta está en la bienaventuranza final: bienaventurado es aquel que no halle tropiezo en mí. A fin y al cabo, no se da – ni puede

darse – evidencia adicional. Al fin y al cabo, se trata de una opción. Al fin y al cabo, es cuestión de hallar tropiezo o no. Al fin y al cabo, es cuestión de reconocimiento y de fe.

Al continuar el relato evangélico, después de este breve pasaje, Jesús alaba a Juan ante las multitudes. Juan no es reprendido, sino alabado. Sin embargo, se queja de la gente “de esta generación”, de cualquier generación. Nunca se dan por satisfechas. Son como criaturas inconformes. Algo siempre está mal.

¡Vayan y anuncien que él ha venido!

Turid Karlsen Seim

¿Qué será necesario para satisfacer a los discípulos? ¿Qué hace falta para satisfacer a quienes estamos aquí? ¿Nos la pasaremos siempre mirando para ver qué puede suplir más cabalmente nuestras expectativas? ¿Cómo nos viene la tentación de cambiar a Jesús para acomodarlo a nuestras expectativas?